

Carta abierta en romancillo

Sra. D.^a Eladía Montesino de Romero
CÁCERES

Señora Poeta:
¡Qué encanto sus versos!
¡Cómo ellos son lindos,
sencillos, y bellos!

¡Qué canto de hogar
tan dulce y tan tierno,
cuando nos relata,
con ese gracejo
que pone en la pluma
su vivaz ingenio,
esas travesuras
de sus pequeñuelos!

La Revista «ALCÁNTARA»,
me trae el cartero,
y su firma busco...
¡qué gozo! la encuentro,
y con qué delicia
sus renglones leo.

Ternuras de madre
empapan sus versos
y todos rebosan
gracia, sentimientos.

¡Esa es la Poesía!
La que con acento
entrañable y vivo,
vigoroso y tierno,

nos conmueve el alma,
nos vibra en el pecho...

¿Sería pedir mucho
que hiciera unos versos?
Haga una Canción
de cuna, le ruego,
poeta, y en ella
ponga el sentimiento
con el que le canta
bajito al pequeño
cuando está en su brazos
o en cuna meciéndolo.

Una Nana, linda,
maternal, de acento
melodioso y vago,
de ternura lleno.

A ver si, también,
cuando yo leyendo—
la vaya—me sienta
tocado del sueño
y aleje su encanto
los tristes recuerdos,
y me sueñe niño
como fuí, travieso,
y sienta a mi madre
cantarme entre sueños...

MANUEL MONTERREY

Badajoz, 28-X-1951.

SEVILLA Y SU EMBRUJO

A Don José Amador.

SOBRE Sevilla, la ciudad del Betis, se ha hablado tanto, que poco queda por agregar. Una leyenda se ha levantado sobre esta simpática tierra, motivado por su historia, tipismo y costumbres únicas en el mundo.

Todos cuantos visitan la ciudad, quieren hacerlo en un tiempo limitado ya que para el turista es misión suya la de captar en la mayor brevedad posible, el arte, gracia y todo cuanto encierra la capital de Andalucía.

Es curiosa la impresión que muchos de estos visitantes reciben al no encontrar en Sevilla toreros por sus calles, flamercos con anchos sombreros y mujeres ataviadas con el traje típico de gitana. Quieren convencerse de lo que les condujo a visitarla; la decepción embarga sus ánimos y solamente se dedican a apreciar los monumentos, la Catedral con su inconfundible Giralda, sus calles tortuosas, balcones atestados de macetas y la indolencia y garbo de los nativos de la antigua Hispalis.

Sevilla, es algo más que todo eso; Sevilla tiene su embrujo, tan difícil de conocer y de apreciar. Sevilla es mora y como tal no deja que sus encantos sean públicos.

La tierra donde la raza árabe dominó quinientos años, es celosa y trata de reservar su coquetería para aquellos que desean amarla, para quienes se entregan a ella y así, como mujer entonces, se descubre y deja ver sus cualidades buenas y el embrujo de que tanto se habla. Para tales personas, Sevilla habla al oído; de noche, en el silencio de sus tranquilas callejuelas, nos dice mucho de su pasado.

Deambulando por sus típicos barrios vemos como su embrujo nos trae a la memoria epopeyas de siglos pasados, que siguen adheridas al presente. Si despacio y sin itinerario fijo recorremos todo cuanto se divisa desde la torre más alta de ella, nuestro asombro no tendrá límites; nos sentiremos embrujados, y percibiremos por sus calles el roce lento de las babuchas de los moradores de otras épocas.

Desde que el entonces rey Fernando III, en el año 1248, conquistó a la ciudad, hasta nuestros días, Sevilla no ha perdido su ser. Ella sigue impasible a pesar del progreso; se recata todo lo que puede y conserva su tradición, que vemos en sus edificios en sus monumentos y en el carácter de sus habitantes.

El estudio de esta ciudad bañada por las aguas del Guadalquivir, es harto complicado, y más aún si sólo vemos en ella su parte externa, sin preocuparnos de su psiquis, permítase la palabra.

Paseemos por sus parques; arrimémonos a sus murallas, aspiremos el aroma de sus flores y contemplemos la esbeltez de su Giral-